

# ***El rol político de las clases medias en América Latina***

**Antonio Cortés-T.**

En virtud de las limitaciones de espacio propias de un artículo, nos remitiremos a analizar las modificaciones fundamentales acaecidas en los sectores medios y al cómo tales modificaciones proponen nuevas actitudes políticas. Por otra parte, circunscribiremos nuestro enfoque a los problemas que los sectores medios significan para el proyecto socialista.

## ***La pequeña burguesía propietaria***

Un supuesto muy arraigado en contingentes de la izquierda latinoamericana, habla de un proceso continuo de extinción que enfrentaría la pequeña burguesía empresarial, como efecto de la constante y exacerbada centralización de los capitales. Sobre este supuesto se establecen las pautas de conducta política. La proletarización que se le atribuye a la pequeña burguesía empresarial como tendencia estructural, marcaría el espectro de posibilidades de alianza entre este conjunto y el movimiento obrero. Tanto la proletarización en sí, como la amenaza del fenómeno, convocarían a la pequeña burguesía a inscribirse en alternativas políticas distintas a las dominantes. Haciendo caso omiso del determinismo que esta apreciación encierra, debe reconocerse que guarda algún grado de lógica y veracidad. Pero lo que vale la pena discutir es el postulado base: ¿se encuentra la pequeña burguesía latinoamericana en un proceso de debilitamiento y extinción como el que se presume?. El debilitamiento cuantitativo es el más fácil de constatar. Pero es este un debilitamiento que no necesariamente implica un fortalecimiento correlativo del proletariado. Buena parte de los agentes de los sectores medios arrancados de su condición pasan a engrosar las filas de los subempleados y de los marginados: conglomerados que no fatalmente y en su totalidad pueden ser adscritos a pautas de comportamientos obreros. La proletarización en tal caso sólo designa el hecho de la desposesión de medios de producción, pero no un contenido preciso de clase.

Por su parte, el anuncio acerca de la extinción de estos conjuntos es inadmisibile. Se puede predecir su debilitamiento, sin duda, pero un debilitamiento que tiene límites bastante próximos. Más si se hace referencia a límites cualitativos. ¿Cuáles son los elementos que participan en esta limitación?.

En primer lugar, la pequeña burguesía latinoamericana jamás ha debido su existencia a las tolerancias de un capitalismo competitivo al estilo del inglés decimo-

nónico. En realidad, virtualmente ha nacido y se ha movido en coexistencia a las formas monopólicas. Por lo mismo, los actuales procesos de centralización no constituyen una gran novedad para nuestros pequeños propietarios. Ahora bien, esta capacidad de resistencia que muestra la pequeña burguesía está lejos de ser un fenómeno fortuito, dependiente del ingenio de algunos de sus agentes. Se inserta en las características estructurales del capitalismo dependiente, particularmente en aquella que indica el crecimiento permanente del sector terciario. Es cierto que este sector no está exento de la monopolización, pero en algunas de sus áreas la centralización se realiza con mayores dificultades y ritmos más lentos que los que operan en la totalidad de la economía.

En segundo lugar, existe en América Latina una pequeña burguesía cuya actividad productiva se encuentra vinculada a la gran empresa y que subsiste merced de una suerte de economía residual que esta última genera.

En tercer lugar, encontramos en América Latina una pequeña-burguesía que se ampara en pequeños mercados populares, despreciados por el gran capital, y que, generalmente, conforman "bolsones" rezagados del capitalismo periférico.

Estas condiciones estructurales que marcan la presencia histórica de la pequeña burguesía empresarial en grados no desestimables, deben constituir uno de los antecedentes ineludibles cuando se quiere delinear una política de alianzas que incluya a los sectores medios.

### ***La pequeña burguesía asalariada***

Desde las últimas dos décadas, aproximadamente, se ha venido produciendo en América Latina un proceso de rupturas bastante radical en este subconjunto de la pequeña burguesía. Y atañe, principalmente, a un cambio en el tipo de agentes que integran el subconjunto. Tradicionalmente se ubica aquí al profesional liberal, al burócrata y al trabajador no obrero de la empresa privada, es decir, al trabajador que, en general, se incluye en el vocablo "empleados" según el lenguaje de las estadísticas. Hoy, en cambio, participan también en este subconjunto, y de manera creciente, el tipo de trabajador que Poulantzas llama "nuevo pequeño burgués". La situación novedosa de este sector radicaría en las diferencias que entraña respecto de la pequeño-burguesía empresarial y la tradicional pequeño-burguesía asalariada. Se diferencia de la primera por cuanto no se halla en contradicción con el desarrollo de las fuerzas productivas ni con la centralización superior de los capitales. Con respecto de la segunda: sus funciones estarían mucho más próximas a la producción directa y coadyuvando expresamente al avance de las fuerzas productivas.

La aparición y extensión de este conjunto ha modificado la situación interna de los sectores medios y, en relación a la estructura social general sus influencias no son despreciable, aún cuando numéricamente siguen siendo minoría, incluso

dentro del total de sectores medios. Han alterado la composición de la "intelligentzia" latinoamericana; han mermado la cultura nacional-popular histórica en dimensiones difíciles de cuantificar, pero que a simple vista parecen ser significativas; han conseguido darle una mayor coherencia al sempiterno tercerismo de los sectores medios, etc.

Dada la importancia y el liderazgo que ganan al interior de los sectores medios, vale la pena detenerse en la polémica que este nuevo conjunto suscita dentro del pensamiento de izquierda.

### ***El trabajador intelectual***

Un primer punto de la polémica se sitúa en torno de si constituye una clase o una fracción de clase, o si no es más que la manifestación de agentes provenientes de diversas clases.

Las respuestas son variadas, no obstante, es posible identificar tres posiciones globales.

A) La nueva pequeña burguesía., parte integrante de la pequeña burguesía, conforma un conjunto social medio que no acepta la definición de clase social. El argumento fundamental de esta posición sería más o menos como sigue: para los efectos de la lucha de clases, que es el punto en el que se identifican las clases, la confrontación fundamental esta definida por la burguesía y el proletariado. Cualquier otro conjunto social debe adecuar sus intereses y actitudes en virtud de esta contradicción esencial. Imposibilitada, en consecuencia, la autonomía política de la pequeña-burguesía, se imposibilita su condición de clase.

B) La nueva pequeña-burguesía, así como la pequeña-burguesía, tradicional, no posee condición de clase, pero sí la poseen sus agentes en tanto que se adscriben a alguno de los proyectos fundamentales. Adscripción a la clase obrera o a la clase burguesa que se realiza no en función de posiciones estructurales - posiciones que son precisamente, las que le determinan los caracteres vacilantes -, sino más bien por factores ideológicos-políticos.

C) La pequeña-burguesía., y dentro de ella, la nueva pequeña-burguesía es una clase autónoma de la burguesía y del proletariado. Esta es la posición que, a grosso modo, sustenta Poulantzas en su libro "Las clases sociales en el capitalismo actual" y que conforma, sin lugar a dudas, la posición más seria y fiel a la cientificidad social.

Cabría señalar una cuarta apreciación ya relativamente consolidada en grupos marxistas europeos y que recién empieza a tomar cuerpo en algunas organizaciones de la izquierda latinoamericana. Allí se sostiene que la nueva pequeña-burguesía no sería más que una prolongación de la clase obrera y que su no identifi-

cación política con los proletarios sería más bien producto de la dinámica histórica concreta que ha tenido el movimiento obrero mundial.

Para nosotros, sin embargo, ninguna de estas apreciaciones da cuenta integral del problema, y sin más preámbulos exponemos nuestro pensamiento al respecto.

Compartimos con Poulantzas la calificación de clase otorgada al conjunto en debate, pero discrepamos con él cuando lo integra a la clase pequeño-burguesa<sup>1</sup>. Por otra parte, también rechazamos el criterio que supone a la nueva pequeña-burguesía como subconjunto del proletariado, como prolongación del mismo.

Para nosotros, la llamada nueva pequeña burguesía tiene dimensión de clase, por cuanto:

- i) posee un rol diferenciado de la burguesía, del proletariado y de la propia pequeña burguesía tradicional, y
- ii) tiene, también, una ubicación estructural específica en las relaciones de producción esenciales al modo de producción capitalista. Desarrollemos todo esto.

Se distancia este conjunto de la burguesía, por el simple hecho de que es una clase necesaria al proceso productivo y, además, por su independencia - referida a su condición de clase - de la propiedad privada del capital. Se diferencia, a su vez, del proletariado, en primer lugar, porque en tanto subsiste la división trabajo manual /trabajo intelectual, ocupan una y otra clase lugares separados en el acto de producción; y en segundo lugar, porque las relaciones de producción capitalistas sitúan en superioridad al trabajo intelectual.

Por último, se aparta de la pequeña burguesía tradicional no tan solo por el nada insignificante problema de la propiedad privada, sino, principalmente, porque mientras la tradicional no es intrínseca al modo de producción capitalista, si lo es la nueva pequeña burguesía. Y es esta una cuestión sumamente decisiva.

Para Poulantzas es posible la adscripción de la nueva pequeña burguesía a la clase pequeño burguesa, por cuanto en la lucha de clases se ubica de igual manera que la pequeña burguesía tradicional, es decir, en situación de clase dominante-dominada. Y si bien esto es innegable hay dos cuestiones que requieren de consideración:

1- La situación de dominación nace de causas distintas en uno y otro conjunto: en uno, es efecto de la propiedad que ostenta, en otro, de la supremacía que ejerce el trabajo intelectual respecto del manual.

---

<sup>1</sup> "Para comenzar con la primera cuestión, reproduciré aquí una tesis que ya he defendido, y que concierne más particularmente a la adscripción a una misma clase, la pequeña burguesía., de la pequeña burguesía tradicional y de la nueva pequeña burguesía.". Poulantzas, op. cit. Ed. Siglo XXI, México, p. 191.

2- La pequeña burguesía tradicional es cuestionada en su existencia por el proceso de concentración y centralización del capital; por el contrario, la nueva pequeña burguesía asegura su reproducción en este proceso<sup>2</sup>. Esta perspectiva histórica tan dispar, ¿podrá, efectivamente impulsar a actitudes políticas idénticas en la lucha de clases?

Al otorgarle dimensión de clase esencial dentro del capitalismo a la nueva pequeña burguesía, pareciera que atentáramos contra la ortodoxia que acepta la existencia de otras clases, aparte de la capitalista y la proletaria, en la sociedad burguesa sólo como resultado de la "impureza" con que se presentan en la realidad los modos de producción. Es cierto que en Marx, Engels y Lenin se encuentran afirmaciones en este sentido. Pero ninguna afirmación escapa a su historicidad. En efecto, la polarización supuesta por la teoría marxista de la estructura de clases capitalista data, en el caso de Marx y Engels, de los resultados de la Revolución Industrial del siglo pasado y, en el caso de Lenin, de los resultados de esta misma más el taylorismo. En ambos casos, lo que se apreciaba era la creciente centralización de los capitales (extinción de la pequeña propiedad, en consecuencia) y la simplificación cada vez mayor del productor directo (por lo mismo, reducción del trabajo compuesto, ergo, del trabajador intelectual). Pero la llamada "revolución científico-técnica" de este siglo ha engendrado nuevas relaciones entre los productores y los medios de producción que abogan por un empleo superior del trabajo históricamente complejo.

Por otra parte, hablar de la nueva pequeña burguesía como prolongación del proletariado resulta de una sobrevaloración de las formas que revisten ambas clases y de una omisión de los caracteres esenciales que las separan como clases. No vale la pena detenerse en las argumentaciones que identifican a los dos conjuntos a partir de sus condiciones de asalariados. Cualquier análisis serio indica con absoluta claridad que no todo asalariado pertenece a la clase obrera.

Más digna de atención es la concepción que incorpora a la nueva pequeña burguesía a la clase obrera por el hecho de que la primera también participa en el trabajo productivo y también, en consecuencia, coadyuva a la creación de plusvalía. Sin embargo, esta concepción se invalida:

i) porque no todos los agentes de la nueva pequeña burguesía son trabajadores productivos (investigadores científicos, productores y difusores de la información, etc.) Escribe Poulantzas: "La ciencia en el capitalismo, se mantiene separada de los trabajadores directos... e interviene en este proceso, no como tal, sino, como dice Marx, por sus aplicaciones tecnológicas, incorporándose a uno o a otro de los

---

<sup>2</sup> Escribe Poulantzas definiendo a la nueva pequeña burguesía: "... nueva en el sentido de que no está en modo alguno, a semejanza de la primera (la tradicional) destinada a declinar; sino que es la reproducción ampliada incluso del modo de producción capitalista, y su paso al estadio del capitalismo monopolista, los que condicionan su desarrollo y su ampliación". op.cit. pág. 194.

factores del proceso de trabajo material, fuerza de trabajo o medios de producción"<sup>3</sup>

ii) porque la función productiva se concretiza de una manera para el obrero y de otra para los agentes productivos de la nueva pequeña burguesía. En efecto, la cadena en la división del trabajo no exige el mismo vínculo, entre un obrero y otro, que el planteado entre un obrero y un pequeño burgués, e incluso, entre un nuevo pequeño burgués y otro: los primeros no pueden ser productivos sino a consecuencia de articularse orgánicamente en el proceso de la producción; los segundos pueden serlo aun sin tal integración

iii) porque, y he aquí lo más importante, el hecho de ser ambos conjuntos productores no cancela una contradicción que para Marx siempre tuvo enorme trascendencia, a saber, la que emana del divorcio entre trabajo manual e intelectual; contradicción que de por sí establece diferencias sustantivas entre ambos conjuntos, pero que se ve acentuada en el capitalismo por el papel, además del "técnico", ideológico político que asume el acto intelectual: la reproducción de las relaciones.

En virtud de todo lo anterior concluimos que la nueva pequeña burguesía es una clase social no sólo distinta de la proletaria sino también de la pequeña burguesía, y cuyo rasgo básico está constituido por la función intelectual que cumple en el proceso productivo. En consecuencia, preferimos abandonar el término de nueva burguesía y recurrir al término, a falta de otro mejor, de trabajadora intelectual para señalar a esta clase. A falta de otro mejor, por cuanto este término puede confundirse con el vocablo de intelectualidad tradicional. Sin embargo, las diferencias entre ambos conjuntos son claras. Principalmente, porque la intelectualidad tradicional no posee una determinación estructural autónoma de las clases fundamentales, por lo mismo, no conforma una clase sino una categoría.

Correspondería intentar dar cuenta ahora de cuáles son, más específicamente, las posturas político-ideológicas que la lucha de clases le propone al trabajador intelectual.

Recogemos, para iniciar, la afirmación de Poulantzas en el sentido del carácter vacilante, intermedio, que en todos los planos expresa esta clase, afirmación que le induce, entre otras, a integrarla a la pequeña burguesía. Según este autor, este rasgo vacilante del trabajador intelectual corresponde a la situación estructural de clase dominante-dominada: dominante en tanto que frente al proletariado aparece reproduciendo las relaciones burguesas de dominación por efecto del contenido que reviste la función intelectual en el proceso productivo capitalista. Dominada, a su vez, por el hecho de ser clase no propietaria y puesto que el capital se impone como dominante sobre la totalidad de los conjuntos sociales.

---

<sup>3</sup> Poulantzas, N. op. cit. pág. 206.

Compartimos plenamente este punto, no obstante, lo importante es analizar esa dualidad en función de los proyectos representados por la burguesía y el proletariado.

Como clase dominada sufre los embates de la contradicción elemental entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Es obvio que este conjunto tiene interés profundo en el incremento de las fuerzas productivas y, por tanto, en la cancelación de las trabas a este incremento. De lo cual, sin embargo, no puede concluirse su afinidad fatal con el proyecto obrero. En realidad, el espectro reivindicativo que este interés genera es bastante complejo.

En la moderna sociedad, el desarrollo de las fuerzas productivas es un proceso que se identifica con dos fenómenos: la mayor centralización del capital y la mayor productividad del trabajo. Ambos fenómenos le sugieren a la clase obrera que este desarrollo le resulta beneficioso sólo en la medida de que se acompañe con la ruptura de las relaciones de poder capitalistas. Mientras tanto tiende más bien a afectar sus intereses inmediatos. En términos de las luchas obreras, esto plantea dos cuestiones de trascendencia: uno, que la clase obrera puede en momentos actuar en contra del desarrollo de las fuerzas productivas, actuación objetiva derivada de la defensa de los intereses inmediatos. Otra, que la lucha fundamental del proletariado debe girar en torno a la ruptura de las relaciones de producción imperantes.

Para explicitar lo anterior, pongamos una situación nada ajena a datos históricos. No es difícil encontrar en las prácticas de organizaciones marxistas latinoamericanas, políticas de alianza destinadas a elaborar estrategias con conjuntos burgueses en aras, por ejemplo, de la defensa de la industria nacional, independientemente de sus niveles comparativos de desarrollo. Claro está que esto parece legitimado por cuanto tal defensa implicaría proteger, también, determinados índices de empleo, la subsistencia de contingentes pequeños propietarios, etc., amenazados por capitales extranjeros. Pero lo concreto es que la clase obrera está participando, en este caso, de una política que tiende a entorpecer el desarrollo de las fuerzas productivas. Es lógico que el proletariado, tampoco puede hacerse aliado de un capital extranjero por mucho modernismo que represente. ¿Cuál es entonces, la actitud política correcta en circunstancias como ésta? La lucha por la ruptura de las relaciones dominantes<sup>4</sup>. Por supuesto, este es un principio general, abstracto, que debe realizarse en la coyuntura concreta. Pero lo claro es que si no es este el principio que oriente las políticas

---

<sup>4</sup> "Lo propio de la burguesía es crear e impulsar trust, enviar mujeres y niños a las fábricas, arruinarlos en ellas... Nosotros no "reclamamos" una evolución de este tipo, no nos "adherimos" a ella; por el contrario, la combatimos. Pero ¿cómo la combatimos? Sabemos que los trust y el trabajo de las mujeres en las fábricas representan un progreso. No queremos retroceder al artesanado, a un capitalismo no monopolista y al trabajo de las mujeres en el hogar. ¡Nuestro deseo es ir a través de los trust y más allá de ellos hacia el socialismo!" Lenin citado por G, Lukacs en "**Lenin**". Ed. Grijalbo. Pág. 21.

prácticas del proletariado, se corre el riesgo de que la clase revolucionaria juegue el triste papel de clase "conservadora".

Para el trabajador intelectual, la centralización y mayores productividades que lleva el desarrollo de las fuerzas productivas, tiene efectos contrarios a los señalados para la clase obrera, toda vez que tal desarrollo y sus corolarios le representan efectos positivos inmediatos: a mayor centralización, a mayor productividad, más facilidad tienen los trabajadores intelectuales para reproducirse y ampliarse como clase. Esto significa, a su vez, una mayor facilidad para integrarse a los proyectos modernizantes del capitalismo (lo que no siempre ocurre con la pequeña burguesía) y mayor renuencia a la ruptura de las relaciones de producción, cuando esas relaciones enseñan posibilidades de modificaciones sin alteraciones radicales. Naturalmente que esta alternativa resulta válida sólo y hasta los momentos en que las relaciones de producción aceptan reformas y éstas permiten un desarrollo de las fuerzas productivas capaz de alimentar la reproducción del trabajador intelectual.

También este conjunto entra en contradicción con el capitalismo por el hecho del necesario sometimiento que le debe el trabajo intelectual a la propiedad privada, contradicción que se manifiesta, cuando menos, en dos planos. De un lado, en la imposibilidad de realizar completamente el conocimiento del intelectual, irrealización debida a los intereses del capital privado (tecnologías sin concreción en maquinarias, capacidades productivas sub-utilizadas, etc.). De otro, en el poder direccional subalterno que mantiene el trabajador intelectual frente al propietario del capital, aún cuando sea el primero quién ha asumido toda, o casi toda, la función direccional del aparato productivo. (Cabe mencionar aquí que este último aspecto de la contradicción entre el trabajador intelectual y el capitalismo adquiere formas mucho más intensas que la contradicción encarna la clase obrera como productora y desposeída. En efecto, el proletariado sólo a través de un largo proceso de lucha, y de acumulación de experiencias logra formarse como clase dirigente alternativa a la burguesía. En general, durante un lapso de tiempo muy amplio, la clase obrera le impugna a la burguesía, fundamentalmente, su apropiación indebida de un alto monto de la riqueza social. En cambio, la clase de los trabajadores intelectuales alcanza con mayor rapidez la conciencia de la innecesidad de la burguesía y de su propio valor como clase dirigente.)

Sin embargo, este cuadro conflictivo que debería orientar a esta clase hacia el proyecto proletario, toda vez que el capitalismo es absolutamente impotente para darle respuesta positiva, se complementa con otros conflictos que operan en sentido inverso. Tales conflictos se sitúan tanto en las relaciones históricas de este conjunto con la clase obrera como en una suerte de "estadolatría" que campea en la ideología del trabajador intelectual. En efecto, la situación estructural "intermedia" de esta clase realienta la concepción del Estado neutral y le hace imaginar que a través de su conquista puede tener justa compensación el trabajo intelectual que representa y que le autoriza para aspirar a la conducción de la sociedad.

Un tercer espacio contradictorio de esta clase con la sociedad burguesa tiene relación con la participación de ella en la distribución de la riqueza. Se acepte o no la hipótesis de que este conjunto está integrado por trabajadores directos y que producen plusvalía, lo cierto es que sus ingresos están extraídos directamente, en medida estimable, del mismo fondo del cual obtiene los suyos la burguesía y el proletariado. Claro está que si hablamos en términos sociales, el ingreso de todas las clases proviene del mismo fondo. Pero lo que interesa aquí es que el trabajador intelectual afecta con su ingreso directo e inmediatamente al burgués individual.

Ahora bien, como clase dominante el trabajador intelectual entra en conflicto con la clase obrera, toda vez que reproduce al seno de la fábrica las relaciones de poder dominantes. Sin embargo, aquí es necesario distinguir entre dos tipos de relaciones dominantes: de un lado las que emanan directamente de la propiedad privada y de otro, las que surgen de la supremacía del trabajo intelectual. Es decir, un tipo de relación que es intrínseco a la condición de clase de este conjunto y de otro que le es "legado" por la burguesía.

Nos explicamos. El trabajador intelectual representa en la fábrica un agente dominante por el solo hecho de la división trabajo manual/intelectual, división que le concede poder objetivo a este último. Y este poder existe independientemente de las relaciones de propiedad que operan en un momento histórico: Es obvio que las relaciones de propiedad lo condicionan, lo concretizan y lo someten, pero lo que interesa constatar es que este poder conserva grados de autonomía, más cuando propiedad privada y trabajo intelectual dejan de fusionarse en una sola y misma clase social, como ocurre en el capitalismo. En pocas palabras, la clase intelectual "domina" a la clase obrera no sólo por mandato burgués sino también por uno de sus rasgos propios.

Este componente dual de su situación dominante respecto de la clase obrera le genera a la clase intelectual una contradicción consigo misma. En efecto, el poder emanado de la reproducción de las relaciones burguesas puede afectar a su propia función de intelectual, especialmente cuando tal reproducción obstaculiza el desarrollo de las fuerzas productivas del que depende, precisamente, su presente y futuro de clase.

Se puede apreciar que así como su situación de conjunto dominado no la orienta necesariamente al socialismo, tampoco su situación de dominante deja de ser factor de encuentro contradictorio con el capitalismo.

Antes de entrar a analizar la tendencia de la contradicción que enfrenta en su seno esta clase en torno a los proyectos obrero y burgués, detengámonos brevemente, en las relaciones históricas que ha sostenido con el proletariado y que pueden ayudar a dilucidar la tendencia política del trabajador intelectual.

Digamos para empezar que esta clase no siempre identifica al socialismo y a las luchas obreras como respuesta a sus demandas de desarrollo de las fuerzas productivas. En nuestra opinión, esta clase llega a tal conclusión en América Latina a partir de dos datos: el socialismo latinoamericano (Cuba) y las prácticas obreras durante la caída del populismo y frente a la inversión extranjera. Una observación superficial, ahistórica y puramente corporativa le muestra a estos trabajadores que la Cuba de la Revolución no compite en términos tecnológicos con países dependientes como Brasil y México. A su vez, esta clase no puede contemplar con buenos ojos las políticas defensivas del populismo que ha mostrado la clase obrera y sus luchas contra el capitalismo internacional más dinámico, toda vez que el primero no promueve más que una industria atrasada, mientras que el segundo aporta nuevas tecnologías.

Tampoco vislumbra este conjunto que el socialismo valora su parte en el proceso productivo. Y esto, en primer lugar, porque supone al socialismo "excesivamente politizado", esto es, que las decisiones económicas escapan a los criterios técnicos que le son afines para someterse a designios de orden "político". En segundo lugar, porque se le ha creado una imagen del socialismo como altamente represiva de la intelectualidad, imagen que creen ver reproducirse en las organizaciones marxistas latinoamericanas cada vez que éstas desdenan muchas de sus preocupaciones con el epíteto despectivo de "pequeños burgueses". Menos les parecería posible obtener en el socialismo una mejor participación en la riqueza social, toda vez que lo impedirían los bajos niveles tecnológicos, la subvaloración de su papel, la "politización extrema", etc.

Para explicarse esta actitud del trabajador intelectual hacia el socialismo, no basta con responsabilizarlo "al control imperialista de los medios de difusión". Ni basta tampoco acudir a su carácter vacilante. Ambos factores están presentes, por supuesto, pero no son los únicos. Existe sin lugar a dudas, una inmensa cuota de responsabilidad de las organizaciones marxistas. Responsabilidad que se constata en un hecho paradójal: los estratos "privilegiados", si corresponde hablar de "privilegios", tanto en el socialismo como en las propias organizaciones marxistas del mundo capitalista, provienen, precisamente, de la clase de trabajadores intelectuales, no obstante su reticencia al socialismo.

Para nosotros el error básico de la izquierda ha consistido en la reducción de la teoría socialista a una ideología economicista-distribucionista, a una doctrina de los pobres, y a la asunción ahistórica y acrítica del socialismo establecido. En consecuencia, si existe una tendencia estructural en el trabajador intelectual que proponga la resolución del conflicto a favor del socialismo, ésta se concretizará si la práctica de la lucha de clases es realizada por el marxismo asumiendo más ortodoxamente su teoría (la dialéctica materialista e histórica) y su proyecto social (el comunismo).

Ahora bien, para nosotros la proyección del trabajador intelectual hacia la alternativa obrera está propuesta por su rasgo estructural más esencial, a saber, traba-

jador directo e intelectual (intelectual en el sentido de que en la subsistencia de la división trabajo manual/trabajo intelectual se ubica en este último lugar). En efecto, si este rasgo lo adquiere en virtud al desarrollo de las fuerzas productivas, es el socialismo, como liberador del desarrollo de estas fuerzas, el sistema social que le garantiza su máxima expansión y expresión.

Pero, además, le está propuesto estructuralmente el socialismo, en tanto es un orden que concluye con la única relación que la sitúa como clase explotada, la propiedad privada. Por otra parte, es cierto que el socialismo es el proyecto de la clase obrera - una de sus antítesis en la división del trabajo - pero ello no significa una amenaza a su existencia: el proletariado no puede abolir el trabajo intelectual y a la clase que lo representa mientras persista ese tipo de división del trabajo. Ambas sólo pueden extinguirse en un proceso de confluencia e integración que concluye con la desaparición "natural" de todas las clases. Es decir, el proyecto obrero "amenaza" al trabajador intelectual de igual manera que "amenaza" al proletariado, esto es, con una sociedad sin clases.

Un elemento de preocupación, sin embargo, puede mantenerse, y de hecho se mantiene en el trabajador intelectual: en la transición socialista aún cuando no esté amenazado por la clase obrera en su condición de clase económicamente no explotada, ¿no podría continuar como clase políticamente subalterna?. Y esto es principalmente preocupante cuando el sistema político del socialismo no acepta o acepta restringidamente, formas democráticas de convivencia política. Pero, en nuestra opinión, esta debiera ser una preocupación más propia del proletariado que del trabajador intelectual, y por una simple razón: mientras persista la división trabajo manual/trabajo intelectual y no estén presentes formas democráticas para la solución del conflicto, será el trabajo intelectual el que tenderá a imponerse naturalmente.

En lo que se refiere específicamente América Latina, este conjunto, de corta edad aún, ha asumido dos actitudes políticas identificables con relativa facilidad: se ha sumado al "modernismo" que representa la industrialización bajo la égida del capital extranjero y/o ha pretendido recoger el proyecto socialista bajo su amparo y, por ende, el liderazgo del movimiento obrero. Testimonio claro de lo que señalamos se encuentra en la historia política chilena de los últimos años. El primer hecho indicativo es el apoyo masivo que le brinda esta clase al "socialismo-comunitario" de la democracia cristiana, apoyo que si bien declina en los últimos años del gobierno de Frei, se puede observar su repunte después del advenimiento de la dictadura. Y el freísmo constituye en Chile la opción del modernismo en alianza al capital foráneo ligado a las actividades secundarias más dinámicas.

Un segundo dato lo otorga la adscripción de fuertes contingentes de esta clase al proceso de la Unidad Popular y a algunos de los partidos históricos del movimiento popular, principalmente al Partido Socialista, adscripción que no se explica sólo por la dosis de oportunismo habitual que entraña un proceso revolucionario, sino porque el proyecto socialista sustentado por Allende aparece

distanciado del socialismo tradicional, lo que toleraba imprimirle - según la visión de esta clase - el sello que más se adecuara a los propósitos de la clase trabajadora intelectual

Y un tercer elemento que tiende a reafirmar lo anterior se halla en el surgimiento de una serie de organizaciones políticas que reclaman su condición de partidos proletarios aún cuando su constitución social interna y su representación social sea preferentemente de trabajadores intelectuales.

### ***A modo de conclusiones***

Los cambios estructurales producidos en los sectores medios latinoamericanos permiten prever dos consecuencias políticas importantes para el corto y mediano plazo. De una parte, una ruptura entre las fracciones más tradicionales de la pequeña burguesía y el conjunto que hemos denominado trabajadores intelectuales; ruptura que tendría por causas:

- i) las posibilidades de inserción de los intelectuales en los nuevos modelos de acumulación que encierran efectos negativos tanto para la pequeña burguesía empresarial como asalariada.
- ii) la competencia al nivel del mercado de trabajo que tiende a establecerse entre el asalariado no obrero tradicional y el trabajador intelectual.

De estas potenciales rupturas se desprenden, a su vez, las tendencias a las crisis de las organizaciones políticas que ancestralmente recogieron los intereses de los sectores medios y, por lo mismo, las tendencias a la aparición de nuevas organizaciones que concursen por la dirección de los sectores medios.

La segunda consecuencia producto de los cambios en la composición de los sectores medios atañe directamente al movimiento obrero. En efecto, el proletariado tiene ante sí, ahora, a una clase subalterna con capacidad política real para disputarle la condición del movimiento de masas y, por esa vía, fraguar una alternativa relativamente hegemónica favorable a los proyectos más modernizantes del capitalismo internacionalizado.

En un marco más global, todo esto puede significar un deterioro mayor para las expectativas políticas del movimiento popular autónomo, o el nacimiento de una suerte de "neopopulismo", es decir, el nacimiento de un movimiento que articule intereses de segmentos de las distintas clases subalternas a un proyecto modernizante dirigido por fracciones del capital nacional e internacional. Y todo bajo la intermedianía de los trabajadores intelectuales.

Claro está que estas dos alternativas podrían prosperar solo en la medida de que, por prácticas políticas precisas, no se logren integrar en un mismo proyecto inde-

pendiente las aspiraciones obreras y las aspiraciones de los trabajadores intelectuales. Una alianza estratégica entre ambas clases, factibilizada por condiciones estructurales, implicaría que la alternativa socialista devendría en el único proyecto nacional-popular viable para América Latina.

Tienen la palabra los partidos y las masas obreras.

### **Referencias**

Lukacs, G., LENIN. p21 - Ed. Grijalbo;